

El Espíritu de la verdad os guiará a la verdad plena

Solemnidad de la Santísima Trinidad

Domingo Stma. Trinidad. Ciclo C
Pr 8,22-31; Sal 8,4-9; Rm 5,1-5; Jn 16,12-15

Muchas cosas me quedan por decíros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo: hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir.

Él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando.

Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará (Jn 16,12-15).

Primera Lectura del libro de Proverbios:

Hoy, canta la sabiduría de Dios: *El Señor me estableció al principio de sus tareas, al comienzo de sus obras antiquísimas. En un tiempo remotísimo fui formada, ... (Prov 8,22-31).*

Todo el capítulo 8 de Proverbios, que forma una gran unidad literaria, es uno de los dos grandes discursos de la sabiduría y una reflexión nueva sobre el ser de las cosas, idea que se hace consistente en lo que llaman "sabiduría", y, personificada, queda muy próxima a Dios (cf. Sab 7) El texto habla de la Sabiduría "establecida desde el principio" por Dios, pues nace de la fe; la Sabiduría, tiene su origen, en eso se distingue de Dios, que es anterior y que la ha engendrado, pero a la vez, es anterior a toda creación; así se apunta la cuestión del ser misterioso de esta Sabiduría a la que se asimilará Cristo, "Sabiduría de Dios" (1 Cor 1,30). El himno cristológico de Col 1, 15-20 parece haberse inspirado muy de cerca en este pasaje. Si entendemos globalmente la sabiduría como una comprensión de las cosas desde Dios, ninguno mejor que Jesús para ser "sabio".

La Sabiduría es la compañera activa de Dios, manifestación alegre y amante de la solicitud por los hijos del hombre, que concuerda con Cristo y con el ser cristiano. Tener "las delicias" es elaborar una nueva sociedad, un nuevo reino, donde los criterios de Dios nos hagan comprender que ser sabio es saber servir.

la venida del Hijo de Dios ha colmado la expectativa de la esperanza mesiánica y subraya la gratuidad de la salvación que supera todo cuanto las esperanzas humanas pueden concebir. Cristo, Sabiduría divina encarnada, dispone de los medios más espirituales para implantar su señorío sobre la humanidad y sobre el universo: un mesías humano habría implantado su reino por la fuerza y por medios exteriores; nunca podría haber sido todo en todos, como puede serlo esta Sabiduría creada antes de la creación.

Ni la pertenencia de un hombre a un pueblo determinado, ni la observancia de la ley pueden comunicarle esta sabiduría, sino solamente la valentía de ser y vivir en la más total y completa apertura a Dios. Por esta razón el fiat de María la colocó en la cima de la espera. El pasaje de Proverbios muestra que la carga de eternidad del tiempo no depende del futuro Rey, ni pertenece sólo al futuro; está contenida en todas las cosas del presente, puesto que la Sabiduría divina habita en ellas en el momento mismo en que el hombre las capta. A este último, pues, corresponde la tarea de valorar la carga eterna de su presente.

El Salmo responsorial ensalza la creación admirable del ser humano: *Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos (8, 4-9).*

Segunda lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos:

Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo... porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado (5,1-5).

Los capítulos 5-8 de la carta a los Romanos son el núcleo más importante de la teología paulina. El Apóstol habla de la salvación que hemos recibido por nuestra justificación; justificados por la fe en Cristo, estamos en paz con Dios, gozamos de su amistad, confianza, amor, nos sentimos con él sin ningún temor ni distancia. Gracias a Cristo, la fe nos ha permitido ser familia y tener la familiaridad con Dios. Esto confiere seguridad y confianza al cristiano. Dios nos ha dado su amor dándonos el Espíritu Santo, Espíritu de amor; y nosotros lo hemos conocido y acogido, dándole una respuesta de amor. La perícopa de hoy ofrece el pensamiento de San Pablo: partiendo de la experiencia presente (versículos 1-2) de la paz, de la gracia y de la esperanza, descubre en ellas los signos del amor eterno de Dios (vv. 3-8): la habitación del Espíritu Santo en nosotros y la muerte de Cristo por nosotros.

Este es un texto típicamente trinitario de la catequesis de San Pablo; la Trinidad está obrando la salvación; no habla tanto de la Trinidad en sí misma, ontológicamente considerada, sino de su función salvífica, trata sólo cuanto es preciso para explicar el misterio de la salvación humana, sin grandes preocupaciones teóricas: en cambio procura conectar la vivencia cristiana: justificación, esperanza, otras actitudes cristianas básicas con la Trinidad; es, pues, de un Dios cercano a los hombres creyentes. Presenta al Padre como origen y destino de la humanidad, que se realiza por la acción de Cristo, aplicado a los individuos y a la comunidad por el Espíritu.

Estar justificado, reconciliado y salvado es estar en paz con Dios; esto quiere decir que ya se nos ha dado la paz en Jesucristo (Ef 2,14). La paz se convierte así en el mayor bien mesiánico y no en una simple dimensión del alma, en una mera virtud (Is 9,6; Lc 1,79; Ef 2,17). El creyente no puede apoyarse en las solas obras, sino acogerse a la esperanza, que, como la fe, se sustenta solamente en la misericordia de Dios y en la fidelidad de sus promesas (cf. Rom 4,2). Se trata del amor que Dios nos tiene y del que nadie podrá separarnos (Rom 8, 35). Este verso es dentro del N.T. el que más claramente afirma la relación amor-espíritu. El esfuerzo del cristiano tiene un incentivo: Dios no se ha guardado su capacidad de querer, sino que nos la ha dado a nosotros.

El Santo Evangelio según San Juan dice: "El Espíritu de la verdad os guiará a la Verdad plena" (16,12-15).

Jesucristo ha subido al Padre y envía al Espíritu Santo a confirmar a sus discípulos en la verdad; y a profundizar gozosamente en el conocimiento de Jesús y sus enseñanzas. Los Apóstoles se quedaron pasmados viendo al Maestro que ascendía. Se sentían solos, paladeando su palabra, que ya no oírían, plenos de luz y gloria, y volcados al amor de Cristo. Subo a Padre y el Espíritu vendrá a vosotros a colmaos y a calmaos; les está enunciando la Santísima Trinidad, que, velando siempre por ellos, les traerá la verdad que han de revestir y difundir. El misterio de la Trinidad es la realidad de un Dios-Comunidad que se hace presente en la historia. Es la realidad de un Dios familia, que se comunica, que entrega su propia vida. Por eso esta fiesta nos tiene que ayudar a quitar la idea de ese Dios alejado, autosuficiente, dominador y solitario. Nuestro Dios es un Dios cercano, que nos invita a formar parte de su familia. Es cierto que, cuando se han de expresar los actos, la ternura y la vida de Dios, las palabras se quedan pequeñas; y verdad que el ser de Dios es casi imposible de definir. Dios Padre nos ha querido salvar a través de la entrega de su Hijo y nos ha dado el regalo del Espíritu Santo para ser protagonistas en la historia de la salvación. El amor comienza en el Padre, que entrega al Hijo a la Cruz, y sigue en el Hijo, que acepta el cáliz que le ha preparado su Padre; por eso el Hijo, al enseñar su camino, ha dicho que la senda es estrecha (Mt 7,14). En su gran amor, el amor más grande, Él tenía que morir, muere el que más ama. Quien no ama no quiere morir, y esto cada día, cada instante. Si amo, lo mejor para ti; si amo, he de estar en la cruz. En un mundo en que sólo se busca el placer y el poder, el poder porque facilita el placer, en este mundo frío por la injusticia y desamor, los cristianos, familia de Dios Amor, tenemos marcado el deber de incendiarlo de amor, inundarlo de justicia y rebosarlo de paz. Estas tres obligaciones son el distintivo y la señal fehaciente de nuestro Cristianismo. El que no se sienta implicado en

esta militancia, no es cristiano, el que no milite, como un fanático, en este cometido no es seguidor de Jesucristo, no ha entendido ni una palabra del Evangelio. La verdad plena que trae el Espíritu es confirmar la verdad grande del Amor, "Deus Caritas est" (Jn 4,8). El cristiano ha de estampar en su frente el Nuevo Mandamiento y llevarlo a todos los rincones de la conciencia del hombre, para imponer el amor y reventar el egoísmo, la ambición y la codicia.

La Iglesia cree en la Trinidad porque esta es la verdad revelada por Cristo. La dificultad de comprender el misterio de la Trinidad es un argumento a favor, no en contra, de su verdad. Ningún hombre podría haber ideado este misterio. Intuimos que, Dios no puede ser más que uno y trino. No puede haber amor más que entre dos o más personas; si "Dios es amor", debe haber en Él uno que ama, uno que es amado y el amor que los une. Dios es único, pero no solitario. Si Dios estuviera absolutamente solo, ¿a quién amaría?, ¿tal vez a sí mismo? Entonces su amor, sería egoísmo, o narcisismo.

La entrañable enseñanza de vida que nos lega la Trinidad, estriba en que este misterio es la afirmación de que se puede ser igual y diverso: iguales en dignidad y diversos en características. Es necesario aprender esto, para vivir en este mundo. Podemos ser diversos en color de la piel, cultura, sexo, raza y religión y a la vez, gozar de igual dignidad, como personas humanas. Esta enseñanza tiene su primera y más natural aplicación en la familia, que ha de ser un reflejo terreno de la Trinidad. Está formada por personas diversas por sexo y por edad, y sus consecuencias: distintos sentimientos, diversas actitudes y gustos. El éxito de un matrimonio y de una familia reside en saber administrar esta diversidad y tender a una unidad de amor, de intenciones, de colaboración.

En fin, creer en la Trinidad, tener fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu, consiste en vivir en comunión, en familia al cobijo de Dios Trino, como retoños de tres ramas. Viviendo como hijos del Padre –"todo lo que tiene el Padre es mío"–; caminando tras las huellas del Hijo; y dejándonos guiar –"os guiará hasta la verdad plena"– por el Espíritu.

Camilo Valverde Mudarra